la mirada enérgica que brillaba en sus ojos y sin el moreno barniz con que el sol de Asia había cubierto su rostro.

El conde era de una estatura mediana, esbelto y nervioso, y ocultaba unos músculos de acero bajo una apariencia delicada; cuando en algún baile de las embajadas vestía su traje de magnate, todo cubierto de oro, todo sembrado de diamantes, todo bordado de perlas, pasaba entre los grupos como una aparición luminosa, excitando la envidia de los hombres y el amor de las mujeres, que Prascovia le hacía indiferentes. Nos falta añadir que el conde poseía las dotes de la inteligencia como las del cuerpo. Las hadas bienhechoras le habían dotado al nacer, y la maldita bruja que suele echarlo todo a perder, se encontraba aquel día de buen humor.

Bien comprenderá el lector que con semejante rival Octavio de Saville tenía poco que esperar, y que hacía muy bien dejándose morir tranquilamente sobre los cojines de su diván, a pesar de la esperanza que trataba de devolverle al corazón el fantástico doctor Cherbonneau. Olvidar a Prascovia era el único medio de curarse, pero esto era imposible; volverla a ver, ¿de qué le había de servir? Octavio comprendía demasiado bien que la resolución de la joven no se debilitaría nunca en su implacable dulzura, en su fría complacencia. Tenía miedo a que sus heridas no cicatrizadas se abriesen de nuevo y volviesen a sangrar delante de aquella que le había matado inocentemente, y no quería acusar a su dulce amada agresora.

## IV

Dos años habían transcurrido desde el día en que la condesa Labinska había detenido en los labios de Octavio la declaración de amor que no debía oir. Octavio, al caer de lo alto de su ensueño, se había alejado, llevándose consigo el germen de una negra tristeza, y no había querido comunicarle noticias suyas a Prascovia; la única palabra que hubiera podido escribirle era la única que tenía prohibida. Más de una vez el pensamiento de la condesa, asustado ante aquel silencio, se había detenido melancólicamente en su adorador: ¿la había olvidado? En su divina ausencia de coquetería lo deseaba sin saberlo, porque la inextinguible llama de la pasión iluminaba los ojos de Octavio, y la condesa no había podido ser indiferente. El amor y los dioses se reconocen en la mirada. Esta idea empañaba como una nubecilla el límpido azul de su felicidad y le inspiraba la ligera tristeza de los ánge-

les que en el cielo se acuerdan de la tierra. Su alma encantadora no podía menos de sufrir al pensar que allá abajo había un sér desgraciado por causa suya; pero la estrella de oro que brilla en lo alto de los cielos, ¿qué puede hacer por el pobre pastor que eleva hacia ella sus brazos desfallecidos? En los tiempos mitológicos Febea descendió de los cielos en rayos de plata sobre Endimión dormido; pero no estaba casada con un conde polaco.

En cuanto llegó a París la condesa Labinska, envióle a Octavio esa vaga invitación que el doctor Cherbonneau volteaba distraídamente entre sus dedos. Al ver que no iba a visitarla como ella hubiese querido, se había dicho con un movimiento de alegría involuntario: «¡Todavía me ama!» Sin embargo, era una mujer de una pureza angelical y casta como la nieve de la última cima del Himalaya.

El mismo Dios, desde el fondo de su infinito, evita el fastidio de la eternidad con el placer que le proporciona el oir que late por él el corazón de una pobre criatura perecedera, allá, en un astro minúsculo perdido en la inmensidad. Prascovia no era más severa que Dios, y el conde Olavo no hubiese podido quejarse de esta delicada voluptuosidad del alma.

—He escuchado atentamente vuestro relato—dijo el doctor a Octavio—, y me he convencido de que es inútil toda esperanza por vuestra parte. La condesa no compartirá nunca su amor con vos.



—Ahora comprenderéis, Mr. Cherbonneau, cuánta razón tenía al no buscar un medio con que retener esta vida que se me escapa.

—He dicho que no había esperanza en los medios que ordinariamente se emplean—dijo el doctor—; pero existen poderes ocultos que desconoce la ciencia moderna, y cuya tradición se conserva en esos extraños países a quienes califica de bárbaros una civilización ignorante. Hace muchos siglos, en los primeros días del mundo, el género humano, puesto en contacto con las fuerzas vivas de la naturaleza, sabía secretos que hoy se consideran perdidos, porque no se los han llevado en sus emigraciones las tribus que más tarde han formado los pueblos. Estos secretos se transmitieron de iniciado en iniciado en las misteriosas profundidades de los templos, se escribieron en idiomas sagrados incomprensibles al vulgo, y se esculpieron en jeroglíficos a lo largo de las paredes crípticas de Elora. Aun se pueden encontrar en las cimas del monte Merú, donde nace el Ganges, o debajo de la escalera de mármol blanco de Benarés, la ciudad santa, o en el fondo de las pagodas arruinadas de Ceylán, donde algunos brahmas centenarios descifran manuscritos desconocidos; donde algunos yoghis ocupados en repetir el inefable monosílabo «om», no ven que los pájaros del cielo anidan en sus cabellos; donde existen algunos fakires en cuyas espaldas se ven las cicatrices de los ganchos de hierro de Jaggernat, los cuales poseen esos arcanos perdidos y obtienen re-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
«ALFONSO REYES»

sultados maravillosos cuando quieren servirse de ellos. Nuestra Europa, absorbida por los intereses materiales, no tiene idea del grado de espiritualismo a que han llegado los penitentes de la India. Ayunos absolutos, contemplaciones de una fijeza espantosa, posturas imposibles, conservadas durante años enteros, extenúan de tal modo sus cuerpos, que vos diríais al verlos acurrucados bajo un sol de plomo, entre los braseros encendidos, dejando crecer sus uñas hasta taladrarles la palma de las manos, que eran momias egipcias sacadas de sus cajas y puestas en actitud de monos; su envoltura humana no es más que una crisálida, que el alma, mariposa inmortal, puede dejar o tomar de nuevo, según su voluntad. Mientras que su flaco despojo queda allí inerte, horrible a la vista, como una larva nocturna sorprendida por el día, su espíritu, libre de toda ligadura, se eleva en alas de la alucinación a alturas incalculables en los mundos sobrenaturales. Tienen visiones y sueños extraños; siguen de éxtasis en éxtasis las ondulaciones que hacen las edades que pasaron sobre el océano de la eternidad; recorren el infinito en todos sentidos; asisten a la creación de los universos, al genio de los dioses y sus metamorfosis y vienen a su memoria las ciencias que destruyeron los cataclismos plutonianos y diluvianos y los recuerdos olvidados por el hombre y por los elementos. En tan extraña situación murmuran palabras pertenecientes a lenguas que no ha hablado ningún pueblo desde hace



muchos miles de años en la superficie del globo, y encuentran el verbo primordial, el verbo que hizo brotar la luz de las antiguas tinieblas. ¡Se les tiene por locos y casi son dioses!

Tan singular preámbulo excitó, como es natural, la atención de Octavio, quien no comprendiendo hasta dónde quería ir Mr. Baltasar Cherbonneau, fijó en él sus ojos asombrados y preñados de preguntas: no le era fácil comprender qué puntos de contacto podían ofrecer los penitentes de la India con su amor por la condesa Labinska.

El doctor, adivinando el pensamiento de Octavio, le hizo una seña con la mano como para evitar sus preguntas, y le dijo:

—Paciencia, querido enfermo; ahora mismo comprenderéis que no me he entregado a una inútil digresión. Cansado de interrogar con el escalpelo, sobre el mármol de los anfiteatros anatómicos, los cadáveres, que no me respondían, y que me enseñaban la muerte cuando buscaba la vida, formé el proyecto—un proyecto atrevido como el de Prometeo al escalar el cielo para robarle el fuego—de buscar y sorprender el alma, de analizarla y de disecarla, por decirlo así; abandoné el efecto por la causa, y desdeñé profundamente la ciencia materialista, cuya inutilidad había experimentado. Trabajar sobre esas formas vagas, sobre esas reuniones fortuitas de moléculas, me parecía la función de un empirismo grosero. Traté de desatar, por medio del magnetismo, las ligaduras que encadenan el espí-

ritu a su envoltorio. Pronte adelanté a Deslon, Maxwel, Yuysegur, Deleuze y a los más hábiles en experiencias maravillosas, pero que aun no me satisfacían: catalepsia, somnambulismo, doble vista, lucidez estática, todos estos efectos inexplicables para el vulgo eran muy sencillos para mí y los producía a voluntad. Me remonté a mayor altura: del arrobamiento de Cardan y de Santo Tomás de Aquino pasé a las crisis nerviosas de los Pythias; descubrí los arcanos de los Epoptos griegos y de los Nebiim hebreos, me inicié retrospectivamente en los misterios de Trofonius y Esculapio, reconociendo siempre en las maravillas que se refieren una concentración o una expansión del alma provocada por medio de gestos o de la palabra, por la mirada, por la voluntad o por cualquier otro agente desconocido. Llegué a rehacer uno por uno todos los milagros de Apolonio de Thyana. Sin embargo, mi sueño científico aun no se había cumplido: el alma se me escapaba siempre, la hacía aparecer, la oía, tenía poder sobre ella, amortiguaba o excitaba sus facultades, pero entre ella y yo había un velo que no podía rasgar sin que ella huyese. Me encontraba como el que tiene un pájaro metido en una red y no se atreve a abrirla por miedo a que se le escape.

Me marché a la India esperando encontrar la palabra del enigma en este país de la antigua sabiduría. Aprendí el sánscrito y el pácrito; los idiomas sabios y vulgares, de manera que pude conversar con los panditas y los brahmas. Atravesé las comarcas donde duerme el tigre acostado sobre sus patas; costeé los estanques sagrados que pueblan los cocodrilos; franqueé los bosques impenetrables obstruídos por las enredaderas, haciendo huir en tropel las nubes de murciélagos y de monos; me encontré frente de un elefante al penetrar en un sendero sólo transitado por las fieras, y todo por llegar hasta la cabaña de un voghi célebre, en comunicación con los Munis. Me senté durante mucho tiempo a su lado, compartiendo su piel de gacela, para notar los diversos encantamientos que murmuraba el éxtasis sobre sus labios negros y resquebrajados. De esta manera pude recoger palabras muy poderosas, fórmulas de evocación y sílabas del Verbo creador.

»Estudié las esculturas simbólicas en las habitaciones interiores de las pagodas que no ha visto ningún ojo profano y donde me permitía penetrar mi traje de brahma; allí leía muchos misterios cosmogónicos y leyendas de civilizaciones que desaparecieron; descubrí el sentido de los emblemas que tienen en sus múltiples manos aquellos dioses híbridos y frondosos como la naturaleza de la India; medité sobre el círculo de Brahma, el loto de Vichnú y la culebra de Shiva, el dios azul. Ganesa, desenvolviendo su trompa de paquidermo y cerrando sus ojuelos, franqueados por largas pestañas, parecía sonreir a mis esfuerzos como si me incitara a continuar en mis averiguaciones. Todas aquellas figu-

ras monstruosas me decían en su lengua de piedra: «Nosotros no somos más que forma, pero el espíritu agita la materia».

»Un sacerdote del templo de Tirunamalay, a quien participé la idea que me dominaba, me indicó cómo el hombre que había llegado al más alto grado de sublimidad era un penitente que habitaba en una gruta de la isla de Elefanta. Le encontré pegado a la pared de la caverna, metido en un traje de esparto; la barba entre las rodillas y en un estado de completa inmovilidad. Sus pupilas estaban ocultas y no dejaban ver el blanco del ojo; sus labios se doblaban sobre sus descarnados dientes; su piel, curtida por una increíble flaqueza, se adhería a los pómulos; sus cabellos, arrojados hacia atrás, pendían en mechones lacios como los filamentos de esas plantas que se descuelgan desde lo alto de las rocas; su barba se dividía en dos partes que casi le tocaban en el suelo y sus uñas estaban encorvadas como las garras de un águila.

»El sol le había secado y ennegrecido de tal suerte, que su piel de indio, naturalmente morena, había adquirido el tinte del basalto; puesto del modo que he indicado, parecía por su forma y su color un vaso canópico. A primera vista le creí muerto Sacudí sus brazos, que parecían sufrir una anquilosis, producida por la catalepsia, le grité al oído con toda la fuerza de mis pulmones las palabras sacramentales que debían revelarme a él como un iniciado y, sin embargo, no observé movimiento alguno; sus párpados quedaron inmóviles. Iba a alejarme desesperado de conseguir cosa alguna, cuando oí un ruido singular. Una llama azulada pasó por delante de mis ojos con la fulgurante rapidez de una chispa eléctrica, revoloteó un segundo por los labios entreabiertos del penitente, y desapareció.



—»Brahma-Logum (este era el nombre del santo personaje) pareció despertarse de su letargo; las pupilas volvieron a su sitio; me miró con los ojos de los hombres y contestó a mis preguntas: «Tus deseos han quedado satisfechos; acabas de ver un alma. Yo he conseguido desatar la mía del cuerpo y cuando lo creo oportuno entra y sale como una abeja luminosa sólo perceptible a los ojos de los adeptos. He ayunado, rogado y meditado tanto, me he macerado de un modo tan riguroso, que he conseguido desatarla de las ligaduras terrestres que la encadenan y que Vichnú, el dios de las diez encarnaciones me revelase la palabra misteriosa que le guió en sus avatares, a través de las diferentes formas. Si después de haber hecho las genuflexiones del rito, pronunciase esa palabra, tu alma volaría para ir a animar al hombre o a la bestia que yo le designase. Soy el único del mundo que posee el secreto y te lo lego a ti. Me alegro de que hayas venido, porque no ha de pasar mucho tiempo sin que me hunda en el seno de lo increado como una gota de agua en el mar.»—Y el penitente balbució con voz débil, como el estertor de un moribundo y por

lo tanto distintas, algunas sílabas que me produjeron en la espalda esa pequeña frialdad de que habla Job.»

—¿Qué queréis decir, doctor?—exclamó Octavio;—no me atrevo a sondear la espantosa profundidad de vuestro pensamiento.

—Quiero decir, — respondió tranquilamente Baltasar Cherbonneau—que no he olvidado la fórmula mágica de mi amigo Brahma-Logum, y que la condesa Prascovia debe poseer una gran penetración si reconoce el alma de Octavio de Saville en el cuerpo de Olavo Labinski.

## V

La reputación del doctor Baltasar Cherbonneau como médico y como taumaturgo empezaba a esparcirse por París; sus rarezas, reales o fingidas, le habían puesto de moda. Pero lejos de intentar, lo que vulgarmente se dice hacerse una clientela, se esforzaba en rechazar los enfermos cerrándoles la puerta u ordenándoles prescripciones extrañas, o regímenes imposibles. No aceptaba más que casos desesperados y les remitía a sus colegas con un soberano desdén las vulgares fluxiones del pecho, las ligeras enteritis y las vulgares fiebres tifoideas. En algunas ocasiones supremas obtenía curaciones verdaderamente increíbles. De pie, al lado de la cama, hacía gestos mágicos sobre una taza de agua, y cuerpos ya rígidos y fríos, prontos a ser metidos en el ataúd, después de probar algunas gotas de este brebaje, abrían las manos crispadas por la agonía, recobraban el soplo de la vida, los colores de la sa-